

Cuentos para el caimán y otras lágrimas de cocodrilos maduros

EL CUENTO MÁS ASOMBROSO Y DESGARRADO, EL RELATO MÁS fantástico que nos veremos en la obligación de crear los cuentistas cubanos de esta década, será precisamente aquél en el que intentemos explicar la clase de literatura que estuvimos haciendo durante estos años; las experiencias que nos unieron y las que nos separaron; los conceptos narrativos que perseguimos y hasta las pequeñas, solitarias letras que han servido para clasificarnos.

Hace un par de meses, cuando recibí la información sobre el temario de este encuentro, me llamaron la atención precisamente unas letras que aparecían junto a los nombres de los participantes: la D para algunos, y la F para otros. Ya no es una novedad que en los congresos y seminarios de tipo literario o político –y supongo que también en los congresos de tipo científico o técnico, y hasta en los encuentros parapsicológicos y en los de magia negra, o tal vez roja, que los rojos también lloran– a los participantes cubanos se nos divida entre *los de dentro* y *los de fuera*, que es como decir *los damnificados* o *los desafortados de la d* y *los farfulleros* o *fermentados de la f*, aunque la *d*, por razones alfabéticas y un poco delirantes, siempre fue mejor que la *f*; y la *f*, casi por las mismas razones, proyecta tarde o temprano un descalificamiento que, visto así, a secas y en mayúsculas, sencillamente me horroriza.

Jamás en la historia de la literatura se ha dividido a los escritores de un mismo país en categorías tan embarazosas, o propiamente embarazadas; en rigor, uterinas: estamos dentro o fuera del vientre de la madre caimana. Pero nadie me va a negar que pulular por fuera, siempre ha significado –o sugerido, ante los ojos de los demás– una especie de extrañamiento, de renuncia, incluso de traición. Y los narradores, los creadores de todo tipo, merecedores de esa F, F de fulminados, hemos reaccionado de las más diversas maneras.

M a y r a M o n t e r o

Escritores como René Vázquez Díaz, desde su gélido refugio en Mälmo –¿a quién se le ocurre vivir en Mälmo?– se aferran al cundeamor, a la idea de una isla que a lo mejor ya no es la misma isla; que existe, pero que en todo caso puede dejar de existir en el momento mismo en que su imaginación la esfume, la devaste, la lleve a pique, frente a las costas plagadas de ese arrecife llamado *diente de perro* que tanto abunda en Miami. En todo caso, Vázquez Díaz, y esto es sólo un ejemplo de los escritores de mi generación, conserva el sabor cubano, el lenguaje, la típica reacción, y hasta un enorme trozo de tierra, que él se ha inventado, pero no importa. En cierto sentido, sigue tan dentro como los que más dentro han quedado.

Otros escritores hemos reaccionado con un poco de rabia. Agobiados por la F –la F y la T son las letras que mejor sugieren el concepto de la cruz; la D, si me lo permiten, es una letra que ni siquiera rueda, inmóvil, a lo mejor mullida– agobiados por la F, repito, nos hemos dado vuelta para escribir de otra realidad, posiblemente en otro tono, una literatura que puede inscribirse o no en la literatura cubana, pero que si no se inscribe allí, tampoco hay forma de inscribirla en la literatura de otra nación, en ninguna otra literatura nacional.

Se me ha preguntado infinidad de veces, por qué razón una escritora cubana, que nació y se formó en Cuba, escribe sobre Haití, o sobre haitianos que emigran a la República Dominicana, o sobre personajes sin una identidad isleña más concreta, aunque sí caribeños, que deambulan por un Caribe donde parece haber un hoyo negro, un hueco blanco, un pegadizo del color del tiempo en el lugar donde debería estar la Antilla Mayor.

Me he pasado media vida –entiéndase como media vida literaria– inventándome excusas: el enorme, antiguo, ensoñado relato de mis vínculos con Haití, es eso mismo: un enorme, antiguo y ensoñado cuento de caminos. Quizás ese sea el más cubano y el más logrado de todos mis cuentos, el más azul de todos mis príncipes. Es posible que mi forma de acercarme a Haití y a los haitianos de mis novelas, sea una forma agazapada, resentida, un poco dura, de acercarme a Cuba. Hay quienes sostienen que para los escritores cubanos mirar a Haití equivale a situarse frente al turbulento relato de los orígenes. Nunca mejor dicho entonces en lo que a mí concierne.

Esta elección de Haití en tres novelas y otros tantos relatos, no es una pasión infantil, como he mentido en tantas entrevistas, y probablemente seguiré mintiendo, sino una especie de neurosis, a estas alturas me temo que incurable, una variedad de catatonía medio patriótica y moral.

Desde ese punto de vista, acaso me merezca yo la F más que ningún otro escritor de los que aquí participamos. Estoy fuera de Cuba, cierto, fuera con respecto a los que están dentro, y fuera también con respecto a los que están fuera. Bastante alejada de todo aquello que representa compartir unos planteamientos temáticos, unos conflictos, unos rasgos estilísticos, e incluso un lenguaje. Mi lenguaje, hace tiempo, es un lenguaje amalgamado por resonancias caribeñas y otras no tan caribeñas, es un lenguaje en cierto modo, sincrético también, algo que sin embargo no es producto de un proceso deliberado, sino de la lucha, de la supervivencia, y en última instancia de la soledad.

El deseo de escribir, y de escribir desde dentro, me llevó, ya en la década del

setenta, a integrarme a un extraordinario grupo de jóvenes escritores puertorriqueños quienes para ese entonces cultivaban, por abrumadora mayoría, unos relatos ya definitivamente alejados del nativismo o jibarismo que caracterizó a las generaciones anteriores. Los escritores de mi edad, la gente que asistía conmigo a los talleres de narrativa, empezaron a trabajar en cuentos de carácter urbano, donde destacaba, por un lado, el proletario o el llamado *lumpen capitalino*, y por el otro, los miembros de una decadente clase media y de una burguesía paralizada y paralizante.

De un plumazo, o de varios plumazos, puede decirse que durante aquellos años desplacé a Cuba, eliminé mi memoria de Cuba, y cualquier esbozo, por insignificante que fuera, de recrear una experiencia o una historia cubanas.

Creo que mi primer intento de ganarme una D, aunque fuera dentro de una Isla en la yo no había nacido y apenas, en ese entonces, había vivido, fue un rotundo y desesperado fracaso. De esa experiencia surgió mi primer y único libro de relatos: *Veintitrés y una tortuga*, publicado por el Instituto de Cultura Puertorriqueña hacia el año 1979. Se trata de un libro inmaduro, que detesto por muchas razones, pero sobre todo por no haber sabido asumir su *fueridad*, si se me permite este desliz verbal. Ya para esa época, yo cargaba con mi F, y no quería o no podía aceptarlo.

Cuando esos mismos escritores puertorriqueños recurrieron al, en mi opinión, mal llamado *naturalismo lingüístico*, al lenguaje callejero, a la lengua cotidiana del proletariado –como un modo de denunciar lo que podría denominarse el lenguaje dominante– se produjo la ruptura, en cierto sentido prematura, de mi literatura con la de los demás miembros de mi generación. Esto en Puerto Rico, pero también en Cuba, porque mientras tanto, mi ruptura con los narradores cubanos, que entonces se ocupaban de temas fabriles o incluso policíacos –Cuba tiene la única literatura policíaca donde los policías son tan retóricos, asépticos, puritanos y abstemios como los propios criminales– era ya un hecho.

¿Qué me quedaba, en lo que respecta a la búsqueda de mi lenguaje y de mi centro narrativo? Pues algo muy sencillo: seguir buscando.

Durante algún tiempo aún, tuve algunos puntos de contacto con aquellos escritores puertorriqueños que rompieron las barreras insulares y ubicaron algunos de sus cuentos en otros países, en otras islas del Caribe y con otros personajes de muy variada raíz. Pero aún en esos casos, la visión de ellos continuaba siendo una visión puertorriqueña, mientras que la mía, sugería una especie de limbo desde el punto de vista del narrador. Aquellos cuentos míos hoy no existen, ni en mi memoria ni en la memoria de la computadora; los desaparecí por malos, pero los desaparecí, sobre todo, por no ser totalmente íntegros, por no ser totalmente parte mía. La única continuidad con los puertorriqueños –y más bien con las puertorriqueñas, que entonces y sobre todo hoy, son las que están haciendo las aportaciones más interesantes en el panorama literario del país– fue precisamente el punto de vista femenino, la reivindicación de un lenguaje, incluso algo confesional, que ya se perfilaba en los cuentos de ellas y en bastantes de los míos.

De modo que a la vuelta de diez años, en las postrimerías de los ochenta, comprendí que también en Puerto Rico, otra F, un poco más ambigua y algo disimulada, se me venía irremediabilmente encima. Mientras que para algunos críticos,

yo era la escritora cubano-puertorriqueña, o a veces puertorriqueña sin más, insertada plenamente en el panorama literario del país, para otros, demasiados tal vez, incluso para algunos de mis colegas, yo no pasaba de ser otra cosa que una extranjera, una cubana que escribía en Puerto Rico. Ya lo mejor tenían razón: ni Puerto Rico ni Cuba aparecen por casualidad en mi narrativa; ni yo exploro o literaturizo la sensibilidad de los cubanos y los puertorriqueños, ni sus alegrías, ni sus problemas, ni sus intenciones. Al menos, no lo hago abiertamente.

Pero lo triste es que la F, de funambulismo tal vez, me ha perseguido incluso en el país que yo he abrazado como nación literaria. Salvo un puñado de profesores universitarios, y amigos muy cercanos, en Haití no me conoce nadie; claro que estos tampoco son tiempos de lecturas ni de lectores en la tierra de Toissant de Louverture, ni alcanza allí el dinero para comprar libros. Pero en cualquier caso, sospecho que nadie nunca llegará a considerarme una escritora haitiana. Seré, quiera que no, la cubana que escribe sobre Haití.

Y en este punto, me veo en la necesidad de morder la cola de mi propia reflexión, ¿cuán cubana realmente se me considera en Cuba, cuán cubana me consideran los escritores de fuera y los de dentro, cuánto me conocen los lectores de allá? ¿No soy allá, también, como en Haití, sólo una referencia para un puñado de profesores universitarios y de algunos amigos, y punto?

Desde esta perspectiva, que como he tratado de explicarles, no sé si con algún éxito, es una perspectiva un poco frágil, y también un poco extravagante, yo podría aventurar una opinión de lo que me parece que es y habrá de ser la cuentística cubana de fin de siglo.

Ningún grupo, ninguna generación de escritores de ningún país puede encasillarse ni examinarse bajo parámetros normales. Pero los escritores cubanos, los de allá y los de aquí, actualmente, conformamos el grupo más anormal y enloquecido de todos. Para los que vivimos fuera de Cuba, es prácticamente imposible estar al tanto de lo que se está escribiendo o publicando dentro de la isla. Hace alrededor de tres años, en un conversatorio celebrado en Casa de las Américas, pregunté dónde estaban las principales narradoras, las cuentistas, las novelistas cubanas. Las de dentro. Se me ofrecieron algunos nombres, dos o tres de los cuales eran ya conocidos por mí. Ninguna novelista, por cierto. Pero la relación, sinceramente, me pareció escasísima, impropia de un país con la tradición literaria que tiene Cuba.

No es difícil suponer que la situación económica tiene un gran peso en todo eso, no ya en lo referente a la publicación, sino en lo que concierne al hecho mismo de la escritura. Para una mujer que tiene que resolver urgentes problemas alimentarios, de vivienda, de cuestiones básicas de vestido y transportación, debe ser doblemente difícil sentarse con disciplina, diariamente, a trabajar en un libro de cuentos, y peor todavía en una novela. Habría que evaluar cuál será el peso concreto de la narrativa escrita por mujeres en las décadas de los ochenta y los noventa. Y me temo que, en ese renglón, la participación femenina se mantenga muy por debajo de nuestras expectativas.

Por otro lado, hasta hace muy pocos meses, desde Puerto Rico y Estados Unidos era imposible establecer cualquier tipo de comunicación telefónica con Cu-

ba, lo cual incluye el fax. Solía decirle a mis amigos que era más fácil comunicarse desde San Juan con un barrio de Bangladesh que con un barrio de La Habana. De más está subrayar que el servicio de correos entre Cuba y Puerto Rico, por citar otro ejemplo, es una pesadilla medieval. Esa precariedad en la situación política y económica, que se agudiza con la precariedad en las comunicaciones, se refleja en un gran aislamiento. Los escritores cubanos estamos como desperdigados por el mundo, no sólo en un sentido literal: uno por Suecia, el otro en España, aquél por Inglaterra, dos más por Ecuador. Estamos desperdigados aun cuando nos encontremos juntos, que es lo trágico. Creo que nos está faltando algo en términos de la comunicación, del lenguaje, de las claves tan sutiles y tan entrañables que casi siempre comparten los escritores de un mismo país.

Y como si fuera poco, estamos afligidos. Los de dentro y los de fuera. Los escritores no son, no deben ser tipos felices. Pero los cubanos ya hemos tocado fondo: están deprimidos, desalentados, apáticos los de dentro; nos mostramos ansiosos, huraños, un poco cínicos los de fuera.

¿Qué literatura se desprenderá de todo esto? Independientemente de la calidad y de la garra literaria que pueda poseer cada escritor, la literatura cubana de los noventa, la cuentística cubana de estos tiempos, tendrá que responder, y está respondiendo ya a esos mismos conceptos desgarrados. Existe una verdadera ruptura literaria, nunca mejor dicho dentro del título de esta parte del Seminario, porque la realidad cubana, culpas aparte, ha sido tan dura, tan implacable con todos nosotros, que todos estamos un poco rotos por dentro. Y es posible que cuando yo termine aquí, algún panelista de los de la D, venga a refutar esta impresión que yo he captado y escuchado de labios de los propios escritores cubanos que viven dentro de Cuba. Como es posible también que alguno de los de la F, colocando sus manos sobre mi cuello, y ejerciendo una débil pero convincente presión, me grite que no está ansioso, ni huraño, ni nada, y que su cinismo no es más que una media sonrisa de satisfacción.

Ustedes no les crean. Estamos mal, y estamos sufriendo porque el país está sufriendo: a los de dentro, se les está escapando el sueño de las manos, no tienen del todo a su país, sencillamente porque en muchos aspectos ya no lo reconocen. Los de fuera tampoco lo tenemos, porque no estamos allí físicamente —con lo cual en el fondo nos sentimos culpables— y porque soñamos lo que se dice en seco: nada es como fue, y nada será como esperamos.

Eso no quiere decir que nuestra narrativa también esté mal; se corresponde ciertamente con nuestros estados de ánimo pero es posible que sea, hoy y mañana, la parcela más auténtica de nuestras vidas.

El cuento más luminoso no es siempre el más feliz. Y es mi ilusión que ahora, en las postrimerías del siglo, esta ruptura apenas en un género, esta grieta, este fogonazo conmovedor, nos ayude a conocernos mejor y a continuar, no precisamente juntos, porque las juntillas literarias siempre llevan consigo horrendas pesadillas, pero al menos a continuar en paz, que es todo lo que queremos. Todo lo que, palabra tras palabra, seguimos intentando.